

Tres Reyes Santos



TRES REYES SANTOS

Rafael M.^a López-Melús, carmelita

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003-Sevilla

ISBN: 84-7770-067-2
D.L.: Gr. 94-99

Con licencia eclesiástica
Imprime: Azahara SL



San Esteban

El siglo décimo y el año mil fue famoso en la historia de la humanidad por muchos motivos. Los pueblos vivían con miedo del fin del mundo. Otros avanzaban y luchaban por conquistar nuevos poderíos.

Hungría había atravesado también difíciles momentos y padeció inestabilidad hasta tanto que llegó a dirigirla un gran rey que será el verdadero padre y fundador de la nación. Este fue SAN ESTEBAN.

Pero la maduración fue poco a poco. Se trataba de un pueblo pagano y de costumbres bastante rudas. Un buen día apareció allá un santo obispo que venía de Praga, era alto, elegante y tenía una facundia que arrebatava. Iba predicando una nueva doctrina: Había que ser honrados, justos, castos, temerosos de Dios y saber perdonar a los hermanos. Aquella doctrina resultaba chocante a todos, pero sobre todo al jefe o duque de aquellas partes que era *Geza*. Le agradaron aquellas doctrinas y él y los suyos se convirtieron a aquella fe que predicaba este santo obispo que se llamaba Adalberto. Pero la conversión no fue del todo sincera. El mismo Geza cuando San Adalberto le indicó que debía abandonar a todos sus dioses y adorar sólo a Jesucristo le contestó el arrogante duque:

—Señor, soy lo bastante rico para adorar a todos los dioses juntos. —Había saqueado y hecho ricos botines en sus guerras anteriores.

Su hijo *Vaik* fue bautizado a la vez que su padre cuando sólo tenía diez años de edad. La conversión en él fue más sincera, pero el ambiente de la corte, la alegría de la juventud y el ambiente de la época en general era natural que le arrastraran por caminos no demasiado buenos...

Pero tuvo la suerte de casarse con una maravilla de mujer, *Gisela* se llamaba, que vivía completamente entregada a la oración y a las obras de caridad... Aquello y la fe inicial... al tomar el mando de la nación hizo que, Esteban, que así se llamará de ahora en adelante, cambiara de modo de vivir.



El cristianizador de Hungría

Los primeros años de su mandato Esteban se preocupó de consolidar su imperio terreno; para ello luchó con valentía por asegurar sus posesiones y la libertad de su nación.

Esto fue de gran importancia, pues los pueblos vecinos lo reconocieron como hombre valiente y libre.

Es necesario volver a la mentalidad del Medioevo... El poder político y el poder religioso estaban estrechamente unidos. Hoy ni lo entendemos ni nos gustaría que fuera así.

Para consolidar su imperio el joven Esteban envió una delegación a Roma para que se entrevistara con el Papa San Silvestre II y le dijeran:

—Santo Padre, nuestro monarca Esteban os saluda con afecto y reverencia y os pide estas dos gracias: Que nombréis como Obispos de aquellas diócesis a estos clérigos que los juzgamos dignos de tal dignidad. Y segunda: que una vez establecida la jerarquía nombréis como Rey Cristiano de estos territorios a nuestro Monarca Esteban.

Al Papa le pareció estupenda la idea, ya que así se consolidaría firmemente el cristianismo en aquella joven nación... Y aprobó ambas demandas.

Escribió San Silvestre una Bula y al saber que la Embajada enviada por él la traían y que era tal como él la había solicitado al Papa, salió al encuentro y mandó que se la leyeran antes de llegar a la ciudad: Se bajó del caballo con gran reverencia y se descubrió la cabeza durante la lectura.

Las Navidades del año 1000 fue coronado solemnemente como rey.

Se entregó desde entonces con todas sus fuerzas a la educación de su pueblo en la fe cristiana, ya que tenían costumbres y mentalidad totalmente paganas, aunque oficialmente fueran cristianos.

Construyó muchas iglesias. Fomentó la piedad en todos sus factores, sobre todo en su devoción a la Virgen María y al Santísimo Sacramento del Altar.



Padre de los pobres

El santo rey Esteban no se paró ante las dificultades que le ofrecía su pueblo para convertirse de veras al cristianismo. Fomentó las peregrinaciones a la Tierra Santa y a Roma. La mortificación y la generosidad en el perdón y en la limosna.

Trabajó duramente por desarraigar las costumbres que aún quedaban del paganismo: la blasfemia que la castigó con gran severidad; las prácticas supersticiosas, el adulterio, la poligamia y otras calamidades que no era fácil hacerles cambiar de la mentalidad que hacía poco veían como costumbres normales porque así lo hacían sus padres.

En él parece como si hubiera una doble personalidad: Por una parte era duro e intransigente con cuanto se refería a la práctica de la vida cristiana y a acabar con las costumbres paganas. Y por otra parte era todo humildad, bondad y generosidad con los pobres y con cuantos acudían a él en demanda de ayuda de cualquier tipo que fuere.

Algo en él se hizo proverbial: Fue su generosidad con los pobres. Había dado orden que ninguno marchara de Palacio sin que fuera dignamente socorrido. Una buena parte de su renta era siempre reservada para esta finalidad: Ayuda para los pobres.

En cierta ocasión le sucedió esto:

Iba de camino hacia una abadía para llevar cuanta cantidad tenía reservada para los pobres, para que los monjes la distribuyeron... cuando a la mitad del camino le asaltan unos bandidos, unos menesterosos, y le quitaron cuanto llevaba. No le reconocieron. Al enterarse después de que era el rey y que aquello era para ellos... alguien trató de que recibieran un merecido castigo y el rey contestó:

—Por esta vez les perdono, porque me lo han hecho a mí. Pero que cuiden de no hacerlo a nadie de ahora en adelante.



«Dios se lo llevó consigo»

San Esteban fue un rey modelo para todos los reyes cristianos y paganos. Amó tiernamente a sus súbditos y por ellos luchó y trabajó cuanto pudo durante toda su vida.

Afianzó su reinado y lo liberó de malhechores...

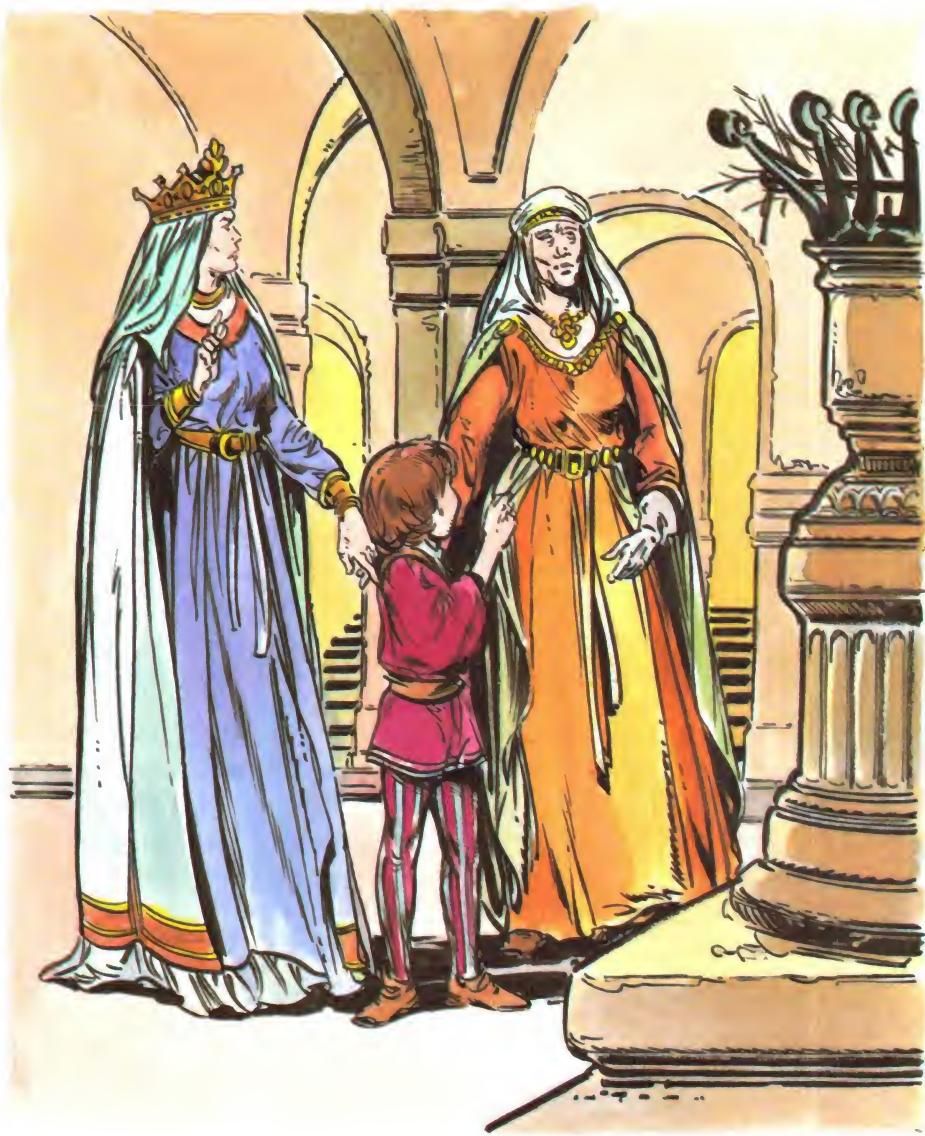
A su hijo le recomendó las virtudes que debieran regir a todos los gobernantes. Son maravillosas las *normas* de gobierno que dejó a su hijo y que valen para todos. Eran estas diez: «Un reino igual que un templo debe estar sostenido por estas diez columnas: solidez de la fe; esplendor de la Iglesia; pureza y sabiduría de los eclesiásticos; la fidelidad, la fortaleza, la confianza y el amor de los barones y caballeros; la generosidad con los extranjeros; la recta administración de la justicia; la sabia organización del consejo; el auxilio de la oración; la práctica de la piedad y de la misericordia»...

Y seguía: «El rey que no escucha la voz de la misericordia es un tirano. Procura tener entrañas de madre. Las obras de piedad serán la base de la bienaventuranza. Sé paciente. Sé fuerte. Sé humilde. Sé casto. Estas son las piedras preciosas de la corona real. Sin ellas perderás el reino de la Tierra, sin conseguir aquel que no se acaba».

Todo esto que es tan maravilloso —y que ojalá todos los hijos, sean reyes o mendigos, sabios que ignorantes, ricos que pobres... lo tuvieran siempre presente— estaba dictado para su hijo SAN EMERICO, que iba a ser su sucesor. Pero el hombre propone y Dios dispone. El año 1031, en una cacería, murió inesperadamente. El santo Rey Esteban, su padre, lo sintió enormemente y dicen las Crónicas del tiempo que al enterarse exclamó:

—Dios lo amaba mucho, y por esto se lo llevó consigo.

Las intrigas por la sucesión fueron terribles. Los últimos años del santo rey fueron muy tristes. Pero él estaba siempre en las manos de Dios. Hasta que el día de la Asunción del 1038 entregó su alma al Creador...



San Wenceslao

La vida de este gran príncipe parece que desde la cuna encontraría la división y la lucha en su vida. El Señor colocó a su lado dos mujeres que muy mucho hubieron de influir en él.

Fue hijo de Vratislao que las Crónicas le dan los epítetos de prudente, fervoroso y bondadoso príncipe cristiano.

La lucha de una religión mixta la vivió en su misma carne. La abuela de nuestro príncipe Wenceslao se llamaba Ludmila, que era una fervorosa cristiana y a la vez estaba adornada de todas las cualidades humanas para ser una buena educadora y una buena gobernante. Ella influyó muy mucho en su nieto.

Pero al lado de esta santa mujer hubo otra que era el polo opuesto: cruel, avariciosa, pagana y luchadora fanática contra el cristianismo que para ella era una religión nueva, ya que se había educado y crecido en el culto al paganismo. Se llamaba: Dragomira, la esposa del rey Vratislao. Ella también quiso influir en la educación de su hijo.

Por ello el pobre Wenceslao que queda huérfano a los ocho años y que es heredero a la corona de toda Bohemia no sabe hacia cuál de las dos partes inclinarse, ya que ambas presas quieren hacerse con el pequeño futuro rey.

Pero pronto sabrá distinguir claramente quiénes son unos y otros. Y cuáles son los ideales que más van de acuerdo con su gran corazón.

Wenceslao era inteligente, dócil y con una gran inclinación a todo lo bueno, desconociendo la venganza y el odio, ya que trataba de que nunca anidaran en su corazón.

En cuanto a su fe desde un principio aborrecía el culto a los ídolos paganos de que trataba de llenarle su corazón su madre, mientras sentía una irresistible inclinación a todo lo que hacía referencia a la fe cristiana.



Golpe de estado de un santo

Casi sin darse cuenta la vida de Wenceslao va acrecentándose de día en día en el conocimiento y en el amor a Jesucristo y a la Virgen María, a los que ama con toda su alma. Pasa las noches en vela y entregado a la oración más fervorosa.

Sus enemigos, dirigidos por su madre Dragomira, van mirando a su alrededor la paz y la bondad. Quiere ponerle a prueba y ella quisiera que el heredero al trono fuera su otro hijo, Boleslao, que es más adicto a los dioses del paganismo que ella adora. Por su parte la abuela Ludmila, aunque desde lejos, pues no puede acercarse a su nieto, le sigue educando en la fe, en la entrega a Jesucristo y en el perdón cristiano... Esto cala más en su corazón.

Al joven príncipe sus «carceleros» hasta le tienen casi prohibido que asista a la Misa, que comulgue, que vaya a visitar los sagrarios por la noche como solía hacer.

Pero llegó un día que la noticia fue fatal:

—Señor Príncipe —le dijeron— vuestra santa abuela Ludmila ha muerto ahogada en su propio lecho.

Wenceslao lloró aquella desgracia y prometió poner remedio. Un día, delante de todos los cortesanos, era por el 925, se levantó con la energía que le daba la fe y dijo a todos aquellos sus «carceleros», con su madre Dragomira presente:

—Malvados y perjurios que sois los que habéis dado muerte a mi santa abuela. Ya sé que intentáis dármele a mí también. Si queréis matarme podéis hacerlo, pero una cosa no conseguiréis, que yo adjure de mis creencias en Cristo y que siga las vuestras que son de satanás. Dejadme que yo viva mi vida cristiana y los que quieran que la vivan también. De ahora en adelante gozarán de libertad y no os permitiré que les tiranicéis como lo habéis hecho hasta ahora.

Defendió a los cristianos y abolió cuanto pudo las prácticas paganas con que su madre había pagado el imperio.



Vida casi de monje

Wenceslao dio comienzo a esta *Conversión Oficial* de su reinado como Príncipe cristiano, ya que hasta ahora era su madre pagana quien llevaba las riendas del imperio, con el solemne traslado de las reliquias de su santa abuela, Santa Ludmila, hasta la Catedral de Praga, donde fueron colocadas en un suntuoso Mausoleo.

Después se rodeó de hombres prudentes, humildes y temerosos de Dios, que muy mucho le ayudaron en el gobierno de su reinado. El era un joven que no llegaba a los veinte años y empezó a llevar una vida de santo monje al cual seguramente no se le podía pedir más:

— Dedicaba largas horas a la oración y siempre que debía dictar alguna ley que entrañaba daño a alguien lo meditaba en la oración más fervorosa.

— Ayudaba a los que habían sido oprimidos por las leyes injustas y sobre todo era el padre de los pobres, ya que todos sabían que podían acudir a él y que en él encontrarían a un verdadero padre.

— Era devotísimo del Santísimo Sacramento al que no dejaba de recibir cada día y le levantaba grandes Iglesias por todo el imperio.

— La devoción hacia la Santísima Virgen a quien había consagrado todo su ser y el de su pueblo ocupa también un lugar muy destacado en su corazón.

— Prohibió la tortura y la horca y suprimió la pena de muerte, pero no por ello permitió que hubiera villanos y maleantes, a los que ya había prometido que con ellos sería inflexible y duro.

Por las noches dispone de las llaves de los Sagrarios y va con uno de sus pajes, a veces con los pies desnudos y sobre la nieve a visitar a Jesús Eucaristía.

Ha hecho voto de «castidad» para toda su vida por su gran devoción a la Virgen María. Por ello no es exagerado que sus súbditos le llamen: «El Santo Príncipe».



Caín no ha muerto

Todos conocemos la historia del Caín bíblico: El que por envidia dio muerte a su hermano Abel. Pero hoy también hay Caínes. Todavía hoy hay Caínes que luchan y maquinan por dar la muerte a sus hermanos de carne y sangre.

Era normal que la vida que llevaba y las reglas que había dado para el gobierno de la nación Bohemia no a todos les agradara. Su madre Dragomira y los seguidores de ésta estaban que echaban chispas. Habían prometido vengarse de este pío reyzeulo Wenceslao en cuanto tuvieran ocasión.

Antes la misma Dragomira incitó a Radislao, príncipe de Gumira, para que declarase la guerra contra Wenceslao porque sólo quería acabar con la paz y la religión cristiana que reinaba en Bohemia... Radislao confiaba en sus armas mientras Wenceslao lo hacía como David en el auxilio del Señor. Empezó la batalla o duelo entre los dos y cuando se disponía a disparar un dardo contra Wenceslao, un ángel se puso delante y le impidió que lo hiciera. Entonces Radislao viendo que aquello era obra de Dios se postró de rodillas ante Wenceslao y le pidió perdón e hicieron las paces.

Dragomira no se dio por vencida y la ocasión para acabar con Wenceslao quiso aprovecharla corrompiendo el corazón del hermano de Wenceslao que se llamaba Boleslao. Este tuvo un hijo e invitó a la fiesta a Wenceslao que fue recibido con grandes honores, pero todo era falso.

En medio de la alegría reinante, por la noche Wenceslao, según su costumbre, acompañado de uno de sus servidores, se dirigía hacia una Iglesia para visitar al Santísimo, y su mismo hermano Boleslao dio muerte a su hermano Wenceslao... Era el día 28 de septiembre de 938.

Toda Bohemia se llenó de dolor.

San Wenceslao es muy venerado en Checoslovaquia.



San Eduardo III

No fueron fáciles aquellos años de la Edad Media en los que abundaban las intrigas, las muertes violentas y los saqueos de toda clase.

El pequeño Eduardo desde los primeros años de su niñez vio siempre su vida rodeada de sobresaltos y de intrigas que el pequeño no llegaba a entender. Con los años intuirá que los grandes, más aún que los humildes, nunca están satisfechos con su suerte y aún desean más de lo que la Divina Providencia les ha regalado.

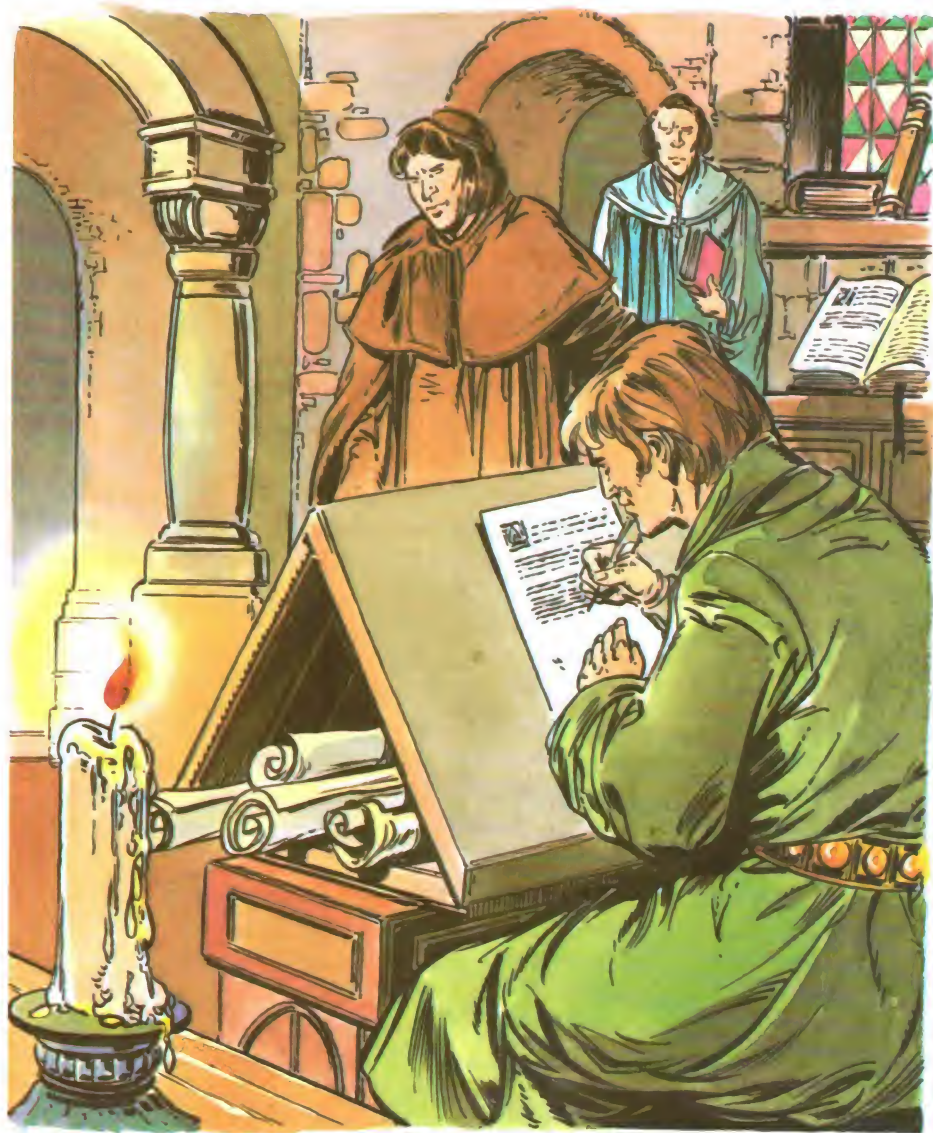
No tendría más de diez años cuando un día su padre viendo la cosa muy perdida llamó al niño y, dominándose el gran dolor que embargaba su corazón, le dijo:

—Hijo mío, ya ves que te hemos vestido de fiesta. No tengas miedo alguno que no te va a pasar nada malo. Se trata de que vas a emprender un largo viaje, pero te acompañarán la reina tu madre y tu hermano menor Alfredo.

Durante el viaje, la reina, Emma, no cesó de llorar. Con gran cariño le preguntó su hijo Eduardo qué era aquello que tan amargamente le hacía sufrir y la reina le contestó.

—Hijo mío, tú ya puedes entender algo. Se trata de que el rey nuestro Señor y padre vuestro ha perdido las riendas del reino y antes de que nos pase nada a nosotros quiere ponernos a salvo y por ello huimos desterrados muy lejos, al otro lado del Canal de la Mancha.

Las noticias de que allí, de su patria, le llegaban sólo servían para aumentar su pena: Su padre, muerto, los daneses dueños de su patria, todos los demás familiares muertos también o por lo menos desterrados de su patria como ellos. Sus posesiones todas saqueadas y destruidas. Y para colmo un día desaparece su madre Emma y marcha a casarse con el mayor enemigo de su patria, Canuto el Grande, que es el nuevo rey de Inglaterra...



En manos de la divina providencia

El joven Eduardo cada día progresa más y más en el amor a Dios y a su Patria, a la que ve en manos traidoras y que nada hacen por ella a no ser aprovecharse de sus riquezas. Pero ¿cómo poner remedio a tanto mal?

Por ahora ve que lo único que puede hacer es echarse en las manos de la Divina Providencia y suplicarle con el fervor de su oración que venga en ayuda de los suyos. Si la única esperanza que tenía era su padre en la patria y ha muerto, y su madre en su compañía de destierro y ha huido de su lado por ansias de poder... ahora se siente terriblemente solo. Se vuelve a Dios y le dice con confianza:

—Señor, no tengo a quien volver los ojos en la tierra. Mi padre murió después de una vida de desgracias. La crueldad ha destruido a mis hermanos. Mi madre me ha dado un padrastro en mi mayor enemigo. Mis amigos igualmente me han abandonado. Estoy solo, oh Señor, y mientras tanto buscan mi alma; pero Tú eres el protector del huérfano y en Ti está la defensa del pobre. Ayúdame, Señor.

Era lógico que aquella fervorosa oración no podía dejar de ser escuchada.

Era de temperamento recogido, más bien serio y poco comunicativo. En lugar de pasar los días y las noches como tantos jóvenes y príncipes como él entre bagatelas y cacerías, orgías y pecados, las pasaba en los monasterios rezando o tratando con hombres sabios a los que consultaba cuantos problemas venían en su vida.

El no quería sangre, pero sí amaba la justicia y amaba a su patria que veía ahora torturada por sus enemigos. Una misión secreta llegó hasta los dos príncipes Eduardo y Alfredo para que volvieran a Inglaterra a tomar las riendas de la nación. Alfredo cayó engañado en las manos de sus enemigos que lo torturaron y sacaron los ojos hasta que murió. Quedaba sólo Eduardo...



Un rey bondadoso y pobre

Muerto el rey usurpador, los ingleses eligieron como Monarca de aquellos reinos que durante tanto tiempo había sufrido persecuciones y asaltos al piadoso y bondadoso Eduardo, que venía después de treinta años pasados en el desierto. Tenía entonces cuarenta años.

Eduardo se olvidó de la venganza de los que le habían hecho tanto daño. Perdonó a todos los malhechores, suplicándoles que de ahora en adelante fuera la caridad y el perdón la ley que gobernase aquella triste nación de Inglaterra.

Quitó los impuestos que aturdían a los pobres campesinos. Protegió a los débiles y ayudó a toda clase de menesterosos y trabajó con todas sus fuerzas por la prosperidad de su patria y éste fue su lema:

«Ser más padre que rey. Servir más que mandar.»

Era natural que su madre, que había hecho componendas con los que habían traicionado a Inglaterra tuviera tantos enemigos y quisieran quitarla de enmedio. Su mismo hijo le recomendó que para estar tranquila y bien atendida que se retirara a un Monasterio, como así lo hizo.

Los ingleses le adoraban y la palabra del Rey era siempre bien acogida y todos trataban de obedecer cuanto él mandaba, pues todo lo veían razonable. Un cronista de la época lo describe así:

—Era pobre en medio de la riqueza, su tesoro parecía el erio de los pobres y de todo el mundo; sobrio en los placeres, ni se alegraba en la abundancia ni se entristecía en la necesidad.

No era guerrero como los reyes que deslumbran a sus soldados, pero supo ganarse la confianza de su pueblo por su bondad, piedad y caridad para con todos que es lo que más hondamente cala en los corazones de todos.

«Rey de sí y súbdito de Dios»

Durante su reinado se preocupó, sobre todo, en levantar nuevas iglesias y restauró las que lo necesitaban. Dotó a otros santuarios de medios para poder vivir. Ayudó al restablecimiento y solidificación de la Iglesia en toda Inglaterra.

Aunque él desde muy joven había hecho voto de castidad a Dios, más que por él por dar gusto a sus súbditos, contrajo matrimonio con una princesa que era toda una maravilla de culta, hermosa y prudente. Se llamaba Edita, a quien un biógrafo llama: «rosa que floreció entre espinas». El rey le notificó su voto de castidad, pero que la respetaría y vivirían como hermanos y ella sería la auténtica reina de Inglaterra. Aceptó gustosa Edita y siempre fue un modelo de virtud y prudencia. La boda se celebró el 1044.

Así vivieron veinticinco años de una paz maravillosa que era la envidia de todos los demás reinados o príncipes. Los historiadores de Inglaterra están de acuerdo al afirmar que no hubo rey que fuera más querido de todos los ingleses y que gobernara con mayor prudencia y bondad que Eduardo.

En dos palabras se podía resumir todo su largo reinado de un cuarto de siglo: Paz y justicia. Y si se quiere se podría añadir: Caridad, generosidad y piedad.

El rey Eduardo solía decir que su lema era éste: «Ser rey de sí mismo y súbdito de Dios.»

Y de hecho todo lo demás le importaba muy poco. Lo que había que cuidar en una justa jerarquía de valores, decía él, es el honor de Dios y el amor a nuestros hermanos.

Era el 5 de enero de 1066 cuando dejó de existir. Toda Inglaterra le lloró amargamente y sintió que perdía a un verdadero padre.

